

Pequeño elogio de la escoria

*Dios que salva el metal,
salva la escoria*

BORGES

BAJO LA TIBIA NOCHE BARCELONESA, REGRESÓ. NADA LA presagiaba. Esa sensación de extrema soledad que te ramifica. Una exaltación que sólo acude muy de tarde en tarde. Mezcla de sosiego, tristeza y espacio sin tiempo ni muerte; mezcla de contaminación y de imbatible e injustificada esperanza. Esa sensación, recuerdo, llegó en otras ocasiones de manos de mi madre. Pero esa noche a la que aludo, noche de mayo untada de amistad, calor, buena comida y grata conversación, me tomó por sorpresa. La convocó una palabra. Y eso fue diferente, inesperado. Otras veces, como he dicho, fue traída por mi madre. Ella, echada en la cama (la llama de la vela ante San Lázaro tiembla en el calor espeso del verano habanero) me mira y de repente un chorro de algo me inunda. Nunca he sabido qué, pero es algo poderoso que me toma, impone una paz, un espacio sin pérdida, sin separaciones ni distancias. Eso que se instala casi físicamente a mi alrededor está poblado de fantasmas. Fantasmas que sonríen, que hacen un gesto cómplice desde la nada y entonces no queda más remedio que sentarse y contar. O imaginar. Y seguir.

Un amigo catalán me invitó a cenar a la sombra de la Estación de Francia y charlamos, naturalmente, sobre Cuba, y sobre lo que había vivido allá la gente de mi generación durante los años setenta. Hablábamos del absurdo de la dictadura. Un joven cubano, recién exiliado, estaba entre los comensales; curiosamente, me resultaba el más extraño de los presentes. Sería difícil explicar por qué, pero era evidente que habíamos nadado en diferentes mares y habíamos habitado diferentes Habanas.

Es difícil encontrar aquí en Europa demócratas cuyos principios liberales incluyan a mi desdichado país. Quiero decir que conozco a muchos demócratas honestos que, inexplicablemente, son incapaces de simpatizar (no hablemos de defender) con el derecho de los cubanos a disfrutar de una democracia pluripartidista y respetuosa de los derechos del individuo. En cambio, no han dudado un segundo en condenar a Mobutu, a Pinochet y, por supuesto, a Franco. Pero éste no era el caso en la noche a la que me refiero. Estábamos de acuerdo en cuanto a las características del régimen cubano. No me veía en la necesidad, como en otras ocasiones, de aburrirme tratando de demostrar lo evidente: que en mi país no hay democracia, ni libertad de expresión, ni de asociación, prensa o movimiento. Ni libertad de nada. Excepto de aplaudir incansablemente al viejo caudillo.

Así que disfrutaba de la agradable compañía y de la acogida que me dispensaban aquellos amigos. Y entonces, alguien mencionó la palabra. Alguien asoció la fecha de mi salida de Cuba en 1980 con los acontecimientos que estremecieron el país aquel año, y que culminaron en el llamado Éxodo del Mariel: «así que tú eras parte de la escoria». La palabra fue pronunciada a la ligera, sin intención peyorativa. Todo lo contrario, sonó como una burla a la forma en que el régimen cubano calificó a los «marielitos». La conversación continuó entre risas y sorbos de un excelente vino, pero yo ya no estaba allí. Esa sensación mágica de la que hablaba al principio se acercó como el estruendo de los grandes aguaceros. Un golpe oloroso sobre el polvo del barrio. Esa antigua alegría que nos sube desde el estómago y se instala en los labios como la saliva del primer beso. Era escapar. Era volver.

Y estuve otra vez entre las hierbas húmedas, que me empapaban los pantalones. El chirriar de los tenis enchumbados. La neblina blanca y fría enroscada en los matorrales. El miedo. Y me aferro al cartucho que contiene la comida, la mochila con los libros. Estoy seguro de que los he burlado en alguno de los incontables cambios de guaguas. Aunque todavía miro a mi alrededor con la sospecha de que alguien me sigue. Nada. El Parque Lenin está vacío y ni en los muros ya rajados de la represa se ve siquiera un pescador de los muchos que acuden a probar suerte, en busca de alguna biajaca con la que apuntalar la escasa dieta. Cuando llego a la tubería aparto los hierbajos y escudriño en la oscuridad llena de mosquitos. Llamo: «¡Rey!... ¡Rey!» Nadie responde. Ya estoy a punto de marcharme al otro lugar de encuentro (acordado en la anterior visita) cuando algo se mueve en el extremo del cilindro. Es Reinaldo Arenas que emerge de un montón de cartones, trapos y periódicos. Una rata salta. Miro su rostro poseído, y flaco. Su rostro de escritor honesto, perseguido por diferente, por independiente, por homosexual, por libre. Veo todo eso desde mi sitio en la noche barcelonesa. Desde mi sobrevida, que se torna en ocasiones bochornosa, y me siento privilegiado de haber sido amigo de esa escoria cubana. Y me reconcilio con mi país, que lo dio a él, en una época llena de cobardes, delatores, oportunistas y canallas. Y derramo un poco de vino en su honor.

Mis compañeros de mesa piensan que he enloquecido. Pero no, simplemente viajo. El tiempo se abre como vísceras frescas y veo a mi amigo Roberto

Valero agonizando, devorado por el sida en un hospital de Washington. Muriéndose sin poder ver a su hija que se quedó. Sin poder volver a su Matanzas querida. Desconocido en su país, sin publicar una línea en su país, prohibido en su país. Y escucho desde Miami su voz cascada, de anciano de 37 años que trata de reír. Su voz de vencedor. Voz que no claudicó ni se vendió; intentando mantener la ecuanimidad, tratando de enfrentar la muerte con vergüenza. Hablaba de sus últimos poemas, ¿valía la pena hablar de otra cosa? Se burlaba de la muerte el poeta Valero. Y sólo pido para mí la misma fuerza al Dios del Estrecho, al Dios del Mariel, al Dios de las Escorias, cuando llegue mi momento.

Apenas un año antes fuimos a ver el otoño. Marcia, Roberto, su esposa María Badías y yo. Conducíamos entre todo el oro y todas las hojas incendiadas del mundo por la Interestatal 83 con rumbo norte hacia el país de los amis. Los cuatro cantábamos y a cada rato deteníamos el coche para ver los ríos crecidos y llenos ya de pedazos de hielo. Por ahí anda una foto. Estamos apoyados en la baranda metálica del puente. Uno de esos puentes repetidos, idénticos, de las carreteras norteamericanas. Reímos, mientras a nuestras espaldas el bosque es una iluminación. Un centelleo antiquísimo. Debajo, las aguas bullen escupiendo espuma en las rocas que asoman de la corriente como colmillos carcomidos. Continuamos riendo, gracias a la imagen que, por ahora, salva el instante de la infinita trivialidad, de la infinita desaparición. La muerte nos pisaba los talones y reíamos. María y Roberto se abrazaban con una felicidad arañada, delicadamente envenenada y única. A veces nos cruzábamos con camioneros (sin duda, personajes de Bukowsky) y les gritábamos cosas en español, y fuimos marielitos felices –escorias felices– en aquel otoño antesala de la muerte.

Más tarde la voz de María en el teléfono y lo único que se me ocurre es sentarme al borde de la cama y pedirle a Borges que no nos falle, que tenga razón. Que Dios, si existe, se acuerde de salvar la escoria.

Entro, ese nefasto año de 1990 (aunque continúo conversando en Barcelona con los catalanes cercanos y el cubano lejano), en el Bass Museum, una noche copiosa y ardiente de Miami Beach. Recorro los salones llenos de muerte, llenos de poderosas telas y dibujos de otro marielito: mi amigo, el pintor Carlos Alfonzo. Carlos, acorralado también por la peste del sida, dejó a un lado los colores, la exuberancia festiva de sus telas enormes, y levantó en blanco y negro (y, claro, algunos tierras, y algunos verdes podridos) el más perfecto y lírico canto a la soledad, la fuga y la desolación del fin que ha producido la pintura cubana. Carlos pintaba máscaras y la muerte le dibujó una de sus propias máscaras con sangre en el rostro. Me detengo ante el cuadro titulado Madre, que es un hueco espeluznante por el que asoman todas las madres de la separación, todas las madres que no han vuelto a ver a sus hijos, todos los hijos que no han vuelto a ver a sus madres. Toda la distancia impuesta por la vulgaridad, la intolerancia y la violencia en el poder. Y me siento agradecido a esta escoria que, al borde de la muerte, se alzó sobre sí misma y nos enriqueció, nos conmovió y nos adecentó al mirar nuestra tragedia mientras tantos miraban –y aún miran– a sitios menos problemáticos, menos peligrosos, más lucrativos. Gracias, Charly.

La noche de Barcelona, gruesa y goteante, fluye a mi alrededor mientras me posee esa sensación sin tiempo, que es como una plenitud. Siento la bondad, la rara bendición de ser libre. En el aire, en las voces de los que se agolpan y beben y hablan a gritos mientras la música es un oleaje que chapotea en los rostros. Hablamos de literatura, de mis ancestros que, posiblemente, hayan partido de estas tierras hacia el Caribe. El joven cubano, juvenilmente pedante, habla de Homero; no del cantor divino, sino de un monstruo pasado por la academia que espanta de sólo mirarlo. Quiere demostrarnos sus conocimientos. Yo, más viejo, trato de concentrarme en los ojos de una muchacha catalana. Ojos que ya contienen las noches griegas, el ponto inabarcable.

Y otra escoria acude. El novelista Guillermo Rosales, que en un cuartucho del South West se destrozó la cabeza con una treinta y ocho que nadie sabe de dónde sacó porque no tenía ni con qué comer. Guillermo, exiliado total, narrador de nacimiento, homeless en la capital de los millonarios cubanos. Guillermo, otra escoria que antes de suicidarse tuvo la grandeza de dejarnos la mejor novela sobre el exilio cubano. La primera novela miamense, sin nostalgia, asentada en el desgarro y el desamparo que es también nuestra enseña nacional. Somos la intemperie, la insolidaridad, crear en medio de una conspiración perpetua. Y también somos Guillermo Rosales, que se dispara, salpicando todo de sangre (Miami y la isla entera), pero con su novela bajo el brazo. Dando testimonio. También vencedor.

Tibia noche de Barcelona, en la que al conjuro de una palabra volví a ser parte de la tropa. Volví a ser lo que más soy, un marielito, una escoria. Es decir, una forma de ser transgresor, marginal, según lo veo. Un hombre orgulloso de venir de donde viene. Alguien feliz de haber nacido en el mismo lugar que estos amigos que acabo de recordar. De esta gente que sabía que uno no puede venderse en lo fundamental, ni claudicar en lo fundamental.

Yo no creo en Dios y, sin embargo, alzo los ojos a este cielo pastoso e imploro por ellos, con humildad llena de vida y de peligro: «Por favor, no olvides a la escoria».